

Newson, Linda A. *Preparando medicinas en Lima durante el temprano periodo colonial. Boticarios, ciencia y sociedad*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2020, 346 pp., ilustr.

El reciente libro de Linda A. Newson es el resultado de una investigación sobre una ausencia: la poca innovación científica de los boticarios en la temprana Lima colonial. Dicha ausencia es más llamativa, según la autora, si se considera que ellos constituían el sector con mayor potencial para innovar en dicho campo, pues tenían acceso a un amplio repertorio de insumos locales, el contacto con otras tradiciones médicas y su práctica profesional tuvo un control más laxo que en la Península. Sin embargo, el empleo de nuevas sustancias, métodos y paradigmas se vio limitado por lo arraigado de la teoría humoral en el campo profesional y popular. El análisis de este rechazo a la innovación sirve de entrada a la autora para analizar el complejo mundo profesional, social y económico de los boticarios limeños, y, en el camino, ofrecer un refrescante cuadro sobre la construcción de la temprana sociedad colonial en la capital del virreinato peruano.

Es precisamente en este último aspecto, la capacidad iluminadora del tema de estudio sobre procesos más amplios, que el libro ofrece sus más sólidas contribuciones. Basándose en un extenso trabajo de archivo, Linda Newson demuestra cómo, por ejemplo, este sector se profesionalizó y prosperó luego de finalizada la etapa temprana de conquista. Como sede virreinal con una importante población y diversos hospitales, Lima ofrecía un mercado atractivo para los practicantes de medicina. Asimismo, la ciudad brindaba un entorno intelectual próspero para su formación local debido a la presencia de una universidad y otros centros de estudios, hombres de letras y circulación de libros. Al igual que otros sectores profesionales, los boticarios disminuyeron progresivamente su dependencia del comercio transatlántico para la provisión de insumos médicos, los cuales fueron conseguidos localmente o a través de rutas



comerciales alternativas, lo que da cuenta del progresivo desarrollo del comercio intra e intercolonial. Aquellos con el capital suficiente podían establecer una botica, aunque muchos otros participaron de esta actividad como asalariados o trabajadores forzados o esclavizados. A medio camino entre los médicos y los cirujanos, los boticarios buscaron distanciarse de este último grupo y de los curanderos populares, y asumieron marcadores culturales asociados al sector hispano (prácticas religiosas, ortodoxia médica, etc.).

A pesar de dichos aportes, el libro es más débil en aquello que debería significar su mayor contribución, esto es, la construcción del conocimiento en la América hispana como resultado del encuentro colonial, sobre lo cual ofrece una visión tradicional y conservadora. Aunque la indagación académica es el resultado de un diálogo bidireccional, continuo y flexible entre una pregunta y la evidencia, el libro está estructurado a partir de presupuestos teleológicos que encorsetan y restringen la investigación. Estos presupuestos giran en torno a la idea de que los boticarios tenían el potencial o eran más proclives que otros para la innovación, especialmente porque estuvieron involucrados directamente en la adquisición de materia médica y preparación de medicinas, como somos recordados más de una vez. Sin embargo, no es claro por qué el sector elegido no pudo ser, por ejemplo, los cirujanos o los barberos, entre otros, sobre quienes hubo menor regulación, tuvieron menos incentivos para permanecer fieles a un canon intelectual europeo y atendían a un sector de la población que era étnica y culturalmente más diverso. Asimismo, aunque la autora sostiene que no es apropiado hablar de pluralismo ni mercado médico durante este periodo, pues el mercado se hallaba segmentado, el trabajo nunca examina con detalle a los consumidores, lo que permitiría dar más sustento a dicha afirmación.

Estas críticas pueden considerarse injustas, ya que todo libro debe criticarse por lo que es y no por lo que pudo ser ni por los caminos que el autor o la autora pudieron tomar. Sin embargo, incluso en el tratamiento del conocimiento y las prácticas de los boticarios limeños del periodo colonial temprano, la obra corta bruscamente las posibilidades analíticas que permitan recuperar la innovación científica de dichos

actores. Newson sostiene que, si los boticarios no innovaron en materias de conocimiento, ello se debió en gran parte al fuerte arraigo en el mundo académico y cotidiano de los preceptos humorales, además del control de la administración religiosa y secular (caps. 5 y 6). Así pues, el sistema humoral pareciese un sistema cerrado, una cárcel que limitó la búsqueda de nuevas formas de entender la realidad. La innovación, se puede leer entre líneas, es el resultado de la llegada de paradigmas externos, como el paracelsismo.

El sistema humoral no era uno monolítico y ofrecía espacio para que los practicantes locales de medicina lo reformulasen a partir de la materia médica local y de la interacción del humoralismo con otros paradigmas, como el indígena. Como ha demostrado Adam Warren en «From Natural History to Popular Remedy: Animals and Their Medicinal Applications Among the Kallawayas in Colonial Peru», las nociones humorales andinas, distintas de las europeas, permearon los textos de Bernabé Cobo, en el siglo XVII, y de Martín Delgar, en el XVIII, específicamente cuando ambos describieron las propiedades médicas de la fauna local. No solo el humoralismo europeo en términos médicos era lo suficiente flexible para dialogar con sus contrapartes andinas. Allison Bigelow ha estudiado en «Incorporating Indigenous Knowledge into Extractive Economies: The Science of Colonial Silver» cómo los escritores coloniales se alejaron de la tradición clásica y renacentista respecto de las propiedades de los metales, su interacción y los procesos de refinamiento. A diferencia de sus pares europeos, con quienes compartían el mismo legado de la filosofía natural y la teoría humoral, durante los siglos XVI y XVII, los intelectuales americanos explicaron el proceso de amalgamación a través de un lenguaje emocional (amor, amistad, deseo, etc.) que enfatizaba que la similitud de los metales (y no únicamente su oposición, como proponía el humoralismo clásico) podía tener propiedades generativas.

En el caso del trabajo de Newson, si bien la autora sostiene que los intentos de clasificación de la materia médica local en el sistema humoral «intentaban hacerlas encajar en dicho marco» (142-144), también señala que en ocasiones estos esfuerzos fueron «contradictorios» (147) o «controlados» (266). ¿Qué yace detrás de dicha contradicción y controversia?

Aunque el libro no ahonda en dichos esfuerzos clasificatorios, una lectura más detallada de ellos podría revelar una innovación intelectual similar a la detectada por otros autores en el campo de la minería o la medicina, así como profundizar en el sustrato no europeo de dichas «contradicciones». Los dos ejemplos reseñados en el párrafo anterior, además de varios otros caminos sugeridos pero inexplorados en el libro (tal como, «hay evidencias de que negros e indios estaban alterando las recetas», 100), nos llevan a repensar la evidencia documental recuperada por Newson e invitan a continuar investigando cuál fue el rol de los boticarios y otros practicantes de las artes curativas en la construcción del conocimiento científico en la América colonial temprana.

Marcos Alarcón Olivos
University of Illinois at Urbana-Champaign
marcos.alarcon@pucp.pe